

**NOMBRES PARA TU  
BEBÉ INSPIRADOS  
EN LA ANTIGUA  
GRECIA**

© Editorial Rhemata

Colección “Rhemata Antigüedad”

Volumen 4

1ª Edición: Abril 2024

Diseño del libro y maquetación: Editorial Rhemata

Comité editorial: Eugenio Amato (Université de Nantes, Francia), Josep Antoni Clúa (Universitat de Lleida, España), Sergi Grau (Universitat de Barcelona, España), Carmen Arronis (Universitat d'Alacant, España), David Hernández De La Fuente (Universidad Complutense de Madrid, España), Virginia Iglesias (Universidad de Granada, España), Robert Kelz (University of Memphis, Estados Unidos), Ioannis Kioridis (Hellenic Open University, Grecia), Catalina Monserrat Roig (Universitat de les Illes Balears, España), Carmen Morenilla (Universitat de València, España), Camillo Neri (Università di Bologna, Italia).

Director de la colección: Israel Muñoz Gallarte (Universidad de Córdoba, España).

Comité de la colección: Esteban Bérchez Castaño (Universitat de València, España), Luisa Lesage Gárriga (Universidad de Córdoba, España), Carmen Sánchez Mañas (Universidad de Murcia, España), Ronald Antonio Ramírez Castellanos (Universidad de la Habana, Cuba).

© Ángel Narro

Editorial Rhemata

Avda. Onze de Setembre, 8B, 8º-1ª

43203 Reus (Tarragona)

[www.rhemata.es](http://www.rhemata.es)

ISBN: 978-84-128350-1-4

Depósito legal: T-390-2024

Impreso en España

# NOMBRES PARA TU BEBÉ INSPIRADOS EN LA ANTIGUA GRECIA

---

ÁNGEL NARRO

*A Esther, Elsa, Micaela y Dafne*

# Índice

PRÓLOGO .....	11
Adonis .....	17
Afrodita .....	20
Ágata .....	22
Alejandro .....	25
Amazona .....	28
Andrómaca .....	30
Andrómeda .....	32
Antígona .....	34
Apolo .....	36
Aquiles .....	39
Ares .....	43
Ariadna .....	45
Ártemis .....	47
Aspasia .....	50
Atenea .....	53
Ático .....	56
Aura .....	58
Áyax .....	60
Bárbara .....	63
Bóreas .....	66
Briseida .....	68
Calíope .....	71
Calipso .....	73
Caos .....	75
Cassandra .....	77
Casiopea .....	80
Cleopatra .....	81
Cora .....	84
Corina .....	86

Dánae .....	89
Dafne .....	91
Demetrio .....	93
Demódoco .....	96
Deyanira .....	99
Diomedes .....	101
Dionisio .....	103
Diotima .....	107
Eco .....	109
Eolo .....	112
Eros .....	114
Eulalia .....	116
Eufrósine .....	118
Fedra .....	121
Fénix .....	124
Gaia .....	127
Galatea .....	130
Ganimedes .....	134
Hades .....	137
Héctor .....	141
Helena .....	145
Hemera .....	150
Hera .....	152
Heracles .....	156
Hermes .....	162
Hermíone .....	165
Hipólito .....	167
Homero .....	170
Ícaro .....	173
Irene .....	176
Iris .....	178

Jasón .....	181
Jorge .....	185
Leandro .....	189
Leónidas .....	193
Margarita .....	199
Maya .....	204
Medea .....	207
Medusa .....	211
Melibea .....	214
Mirta .....	217
Musa .....	219
Nausícaa .....	221
Néstor .....	224
Odiseo .....	227
Óniros .....	233
Orestes .....	236
Orfeo .....	240
Pandora .....	243
Paris .....	246
Pelayo .....	249
Penélope .....	252
Pentesilea .....	255
Perseo .....	257
Políxena .....	261
Quimera .....	263
Quirón .....	265
Safo .....	269
Selena .....	272
Sileno .....	274

Sirena .....	277
Siro .....	281
Sócrates .....	283
Sofía .....	287
Talía .....	291
Telémaco .....	294
Teodoro .....	296
Teseo .....	299
Zeus .....	305
Zoé .....	308
OTROS NOMBRES DE LA ANTIGUA GRECIA.....	311
BIBLIOGRAFÍA .....	315
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	325



# Prólogo

Nombrar a alguien es un acto vital que corresponde al progenitor o progenitores o tutor legal en su defecto. Se trata de un derecho y un deber arrojados por la patria potestad de la criatura y el vínculo de parentesco vertical que se establece entre engendrado y engendrador, como si fuera una especie de contrato vinculante, que solo podrá derogarse cuando la primera de las partes alcance la mayoría de edad. En la actualidad, dar nombre a un hijo o hija se puede realizar de manera absolutamente libre. Básicamente cada cual puede poner a su retoño el nombre que le venga en gana. En julio de 2016 saltaba la noticia de que el Registro Civil de Fuenlabrada impidió a los padres de un bebé inscribirlo como Lobo, aduciendo, entre otras razones, que se trataba de un apellido común. Los progenitores iniciaron una campaña en la célebre plataforma [change.org](https://www.change.org), recurrieron la decisión del Registro Civil y, finalmente, el Ministerio de Justicia les autorizó a llamar Lobo a su hijo, como era su deseo.

El caso ‘Lobo’ puede servir como interesante precedente para reivindicar la libertad total de nombramiento en favor de progenitores y tutores legales en caso de negación por parte de las autoridades competentes, como sucedió en aquella ocasión. Nadie debería impedir a nadie poder dar a su hija o hijo el nombre que considere, independientemente de cuáles puedan ser sus motivaciones y siempre que el antropónimo no implique un trato discriminatorio, ofensivo, ridículo o vejatorio para el menor o para otros. Imagínense, por ejemplo, que alguien desea llamar Hitler o Stalin a su bebé. Aquí la justicia debería hacer prevalecer los derechos del menor, por encima de la voluntad de los padres. Sin embargo, en el caso de Lobo, como en el de tantos otros en los que solo se ha buscado un punto de simbolismo y originalidad, no debería haber absolutamente nada que objetar. Atrás quedaron, por fortuna, los tiempos en los que el santoral marcaba la pauta onomástica e incluso el sacerdote de turno, abusando del poder y la cobertura social

y política que le ofrecían las autoridades, pretendía influir sobre el resultado onomástico final. La sotana y el alzacuellos les llevó a pensar a algunos que podían obligar, como así hacían, a colocar un *María* o cualquier otro nombre cristiano, si se quería bautizar a la criatura con cualquier otro antropónimo fuera de la órbita católica apostólica y romana. La presión añadida no sentaba nada bien. Ya es bastante responsabilidad ser madre o padre y encargarse de por vida del cuidado y educación de una criatura a la que, además, se le habrá de conceder, como primer regalo en vida, la palabra por la que será presentado y conocido de cara al resto de la humanidad.

La intencionalidad y la motivación que se esconde detrás de la elección de un nombre puede ser de lo más variado. En numerosas ocasiones contiene un fuerte elemento emocional, como cuando se utilizan nombres ya presentes en una familia, tratando de rendir de alguna manera homenaje a un padre, una abuela o un tío o cuando se le da un nombre al bebé que tiene que ver de algún modo con las condiciones que envolvieron su gestación o la relación de la que es fruto, con algún elemento relacionado con la pasión o el trabajo del progenitor o progenitores o con cierto anclaje a un territorio concreto. En otras ocasiones las razones de peso para la elección de un antropónimo son fundamentalmente estéticas. Tienen que ver sobre todo con la sonoridad y con la percepción social de ese nombre sobre la base de criterios subjetivos y, por lo tanto, dependientes de un sinfín de condiciones de carácter individual.

Por último, también existen las modas para la cuestión onomástica. Así, por ejemplo, a partir de la exitosa serie de televisión *Juego de Tronos* se popularizaron ciertos nombres como Arya o Daenerys; cuando la selección española masculina de fútbol ganó el Campeonato del Mundo en 2010 se dio un importante repunte del nombre de Andrés, en honor a Andrés Iniesta, autor del gol de la final, que propició la consecución del título. Y estos son solo dos ejemplos muy concretos. También existe la propia corriente general y generacional, que no se sabe muy bien de dónde procede o quién la ha establecido, pero que, por el empuje de la masa, marca la pauta

de la tendencia a unos nombres en detrimento de otros. En los últimos tiempos, nombres de evangelistas como Lucas o Mateo han alcanzado interesantes cotas de popularidad, al igual que entre los femeninos antropónimos que andaban en vías de extinción como Cayetana, Daniela o Martina.

Desde la firme creencia en el ejercicio individual de poner el nombre que una o uno le dé la real gana, este libro pretende reivindicar la originalidad, el simbolismo y la belleza de los nombres de origen griego, tanto de aquellos que gozan de cierta tradición en nuestra sociedad, como de otros tantos que podrían resultar atípicos, extraños o extravagantes. Aquí se recogen un total de 100 nombres. Los hay masculinos, los hay femeninos y los hay incluso epicenos, es decir, que sirven tanto para un género gramatical como para otro, algo que, en la mayoría de los casos, viene condicionado por el uso social, no tanto por la naturaleza del nombre propio en sí. El criterio de selección ha sido absolutamente arbitrario, parcial y subjetivo, aunque se apreciará, sin duda, una cierta predilección por antropónimos sonoramente atractivos y simbólicamente atrayentes.

A pesar de que una mayoría de los nombres incluidos en esta selección pertenece al ámbito de la mitología griega antigua, no se ha renunciado tampoco a incorporar nombres de conocidos y relevantes personajes históricos de la Antigüedad u otros fuera del terreno puramente clásico o grecorromano. En consecuencia, también se han incluido ciertos nombres griegos cuya popularidad se debe a la época del cristianismo primitivo o, incluso, de la Antigüedad tardía. Esta es precisamente otra de las características distintivas que marca esta obra, la concepción del término Antigüedad en su más amplia y extensa acepción, sin centrar el foco de manera exclusiva en la época clásica griega, la del mayor esplendor de Atenas, sino abarcando un vasto espectro cronológico que parte de la época arcaica y llega hasta el periodo tardo-antiguo, ya plenamente cristiano, pasando por las épocas clásica, helenística e imperial. En mi opinión, una apertura de miras y horizontes tal permite una aproximación al fenómeno mucho más integradora y enriquecedora.

Esta obra no es solo un libro donde encontrar inspiración para nombrar a un bebé con ciertos ecos de helenismo antiguo, ni es un diccionario de mitología, ni una recopilación con fines prosopográficos. Ante todo, es un ensayo de divulgación onomástico que tiene la intención de inspirar, explicar y entretener. En primer lugar, se pretende ofrecer al lector una muestra lo más representativa posible de nombres inspirados en la Grecia antigua, susceptibles de ser utilizados en la onomástica moderna. La finalidad con la que se haga no es de la incumbencia de quien escribe estas líneas. Estos nombres no solo han de servir para bebés, también podrían ser aptos para bautizar a la más exótica de las mascotas o para cualquier otro menester de carácter onomástico. En segundo lugar, se incluye una serie de información veraz acerca de la procedencia, la etimología o la significación de cada nombre, avalada por la experiencia y la investigación en la materia. El objetivo es proporcionar al menos los rasgos esenciales de cada antropónimo y hacerlo desde una perspectiva científica, lejos de la fantasía, la pseudociencia y la banalidad a la que se recurre de manera habitual a la hora de explicar el significado de nombres de persona en ciertos catálogos y listados que uno podría encontrar de manera sencillísima a simple golpe de clic. En tercer lugar –y quizá como objetivo más importante– se desea fervientemente entretener al lector. Siguiendo la convicción de que la divulgación científica no debe estar reñida ni con el academicismo ni con el divertimento, se quiere, con la discusión sobre estos nombres, acercar al lector al mundo griego antiguo en su más amplia dimensión y despertar, si es que todavía no la tenía, la curiosidad por ese maravilloso universo, tejido a base de mitos, leyendas, realidades y ficciones de lo más sugerente.

Por ello, se ha optado por combinar un estilo simple y claro con ciertas licencias poéticas, un tono desenfadado y, en ocasiones, coloquial, y, sobre todo, grandes dosis de ironía. Liberado del corsé académico, de la dictadura de la cita y la exactitud necesaria y capital de la investigación, este libro se dirige a todos los públicos, independientemente del conocimiento que sobre lo griego antiguo atesoran. Futuros padres, madres, tutores y progenitores son quizá, por

razones obvias, el destinatario predilecto de esta obra, pero también resultará especialmente sugerente a cualquiera interesado en el origen y significado de su propio nombre, a cualquiera que quiera matar el tiempo leyendo sobre los griegos antiguos y sus historias y complejas realidades o incluso a buenos conocedores de lo clásico, en general, y lo heleno, en particular, que quieran entretenerse con aquello que tanto les apasiona. Pediría disculpas por anticipado por haberme tomado una gran cantidad de libertades en mi reflexión sobre ciertos aspectos que sin duda requerirían de un rigor mucho más sesudo, pero al fin y al cabo esto no es más que un ensayo. Así que, *lo que he escrito, he escrito*, como dijo Marco Aurelio.

En cada una de las entradas el lector encontrará una estructura similar. Primero podrá observar un apartado dedicado a la procedencia del nombre, a su pronunciación en griego antiguo –utilizando para ello un sistema de transcripción del griego al español que resulte lo más claro y comprensible para todos los públicos– y a su evolución en otras lenguas comunes en nuestro entorno como el inglés, el francés, el catalán y el italiano. Además, se incluyen aquí sugerencias acerca de posibles abreviaturas para tener en cuenta o ciertas derivaciones del nombre o usos particulares. En segundo lugar, en la sección central correspondiente a cada antropónimo se dedica generalmente un primer párrafo a la cuestión etimológica y después se incluye una explicación sobre el personaje (o personajes) más célebre que haya llevado tal nombre en la Antigüedad. Asimismo, se plantean ciertas reflexiones –que no pretenden ser más que eso– acerca de la propia naturaleza del sujeto, su simbolismo, su recepción en épocas posteriores o su interpretación por parte de las más variadas disciplinas literarias o artísticas. Por último, cada entrada se cierra con la estadística de presencia y uso del nombre entre la población actual española, tomada de la página web del Instituto Nacional de Estadística (INE), y de los datos más recientes de los que dispone, correspondientes al año 2022. En anexo, además, se ha incluido un listado con otros nombres propios sin explicación alguna, organizados por orden alfabético, por si se encontrara entre ellos alguno que resultara convincente o atractivo. También se

ha insertado una sección de bibliografía general con el objetivo de destacar algunas de las fuentes básicas para la elaboración de esta obra, así como para proponer lecturas con el fin de profundizar sobre diferentes aspectos que se plantean en estas páginas y referencias de obras clásicas para ampliar información. Con el objetivo de localizar de manera más ágil y eficiente los nombres sobre los que se discute y de que se pueda observar la presencia de estos de manera transversal en diferentes historias o mitos que tienen que ver con otros personajes comentados, también se ha decidido incorporar un índice onomástico final.

La presentación y la organización de esta obra permiten diferentes aproximaciones a ella, en función del tiempo o las necesidades de cada lector. Si uno quisiera, podría leerse el tomo de una sentada, devorarlo como Crono a sus retoños y realizarlo sin morir en el intento. Sin embargo, también se ha pensado en amantes de lo episódico, pudiéndose disfrutar a pequeñas dosis, con lecturas breves de uno, dos o cuantos nombres se quiera al día. En caso de dudas, consulte con su farmacéutico. Sobre todo, y, ante todo, relájese y disfrute de la lectura.

# Medusa

Del griego Μέδουσα (*Médusa*). Significado: «la que comanda» o «la que reina». Medusa (eng./cat./it.), Méduse (fr.). Posibles abreviaturas: *Medu*. Femenino.

Nombre de vocalismo variado y estructura silábica perfecta en sucesión de consonante y vocal. Se trata, en origen, de una forma participial del verbo μέδω (*médo*), que significa «comandar» o «reinar sobre alguien o algo». Teniendo en cuenta el mito de Medusa, nos encontraríamos ante un nombre parlante que, con cierta sorna, describiría la función principal de esta figura monstruosamente bella del legendario griego antiguo.

Medusa es una de las tres Gorgonas, hijas, según la mayoría de las fuentes, de los monstruos marinos Forcis y Ceto, aunque existe una tradición que las hace descender de Tifón y Equidna, padres de Quimera. Sus otras dos hermanas eran Esteno y Euríale. Como todas las hermanas tenían muchas cosas en común, pero Medusa salió mal parada en el reparto genético y quedó como la única de las tres sin el don de la inmortalidad, razón por la cual acabaría siendo decapitada por el héroe Perseo. Las tres Gorgonas tenían los cabellos de serpientes, colmillos de bestia y convertían en piedra a aquel al que miraban, dominándolo con sus ojos.

En la Antigüedad Medusa acabó por devenir la más popular de las hermanas, confirmando aquella idea homérica —y algo roquera— de que morir joven garantiza convertirse en una auténtica leyenda. Los griegos y los romanos sintieron verdadera fascinación por su historia y, sobre todo, su aspecto, que acuñaron incluso en un importante número de monedas. Paradójicamente, su rostro, tan temido en los mitos, se convirtió en un símbolo de protección, que aparecía en un amuleto de carácter apotropaico llamado *Gorgoneion*. La figurilla con la cabeza de Medusa se colocaba a la entrada de templos o casas particulares para ahuyentar visitantes indeseados y proteger el lugar, al estilo de la *Mezuzá* en la cultura judía, los iconos

en la tradición cristiana ortodoxa, la cruz en la católica o la *Hamsa* o Mano de Fátima en la musulmana. Quizá la idea detrás de esta tradición de carácter supersticioso es que Medusa dejaría petrificado al malhechor que intentara traspasar el umbral de la puerta.

La fuerza de su imagen no deja de ser una metáfora de la ambigüedad que representa la belleza que Medusa atesoraba. A pesar de ser descrita como un monstruo, con el tiempo se tendió a armonizar sus facciones y a convertirla en una bella muchacha a la que fuera imposible ignorar. Seguramente se seguía en cierto modo la atávica creencia misógina de que la atrayente fuerza de la belleza femenina era directamente proporcional a los males que podía causar. En el caso de Medusa, el precio por contemplar su hermosura era de lo más elevado: quedarse de piedra, de manera literal.

Transformando esa creencia ancestral en algo positivo –al menos para su cuenta corriente–, la marca de moda Versace utiliza en su logo el *Gorgoneion* con la cabeza de Medusa. Quizá la idea de fondo es que sus exclusivos diseños son poseedores de ese magnetismo que impide que uno pueda apartar la mirada, aun a sabiendas de que quedará petrificado a la hora de pagar. El difunto Gianni Versace, de todos modos, sabía lo que se hacía. Utilizaba un emblema cuyo significado conocía a la perfección, no solo por su confesa admiración por los clásicos griegos y latinos y por el arte de la antigua Grecia, sino también por su conexión directa con el sur de Italia, donde nació y creció. Sus primeros años de vida los pasó en Reggio Calabria, ciudad ubicada en una zona donde todavía hoy se respira helenismo y llegan ecos de viejas historias de marinos traídos del Mediterráneo oriental.

Frente a la ciudad de Gianni Versace surge de las profundidades del mar la imponente isla de Sicilia, con la cima del Etna, siempre en efervescente actividad, marcando el límite entre la tierra y el cielo. En la bandera de la región de Sicilia también aparece el *Gorgoneion*, el amuleto protector de la cabeza de Medusa, en este caso sobre un *Trisquel*. Este segundo símbolo, que toma su nombre de



la palabra griega τρισκελής (*triskelés*), que literalmente significa «de tres piernas», consiste en la representación de estas tres extremidades, que puede materializarse de manera más antropomorfa, tal y como sucede en la bandera siciliana o en la de la isla de Mann, en Reino Unido, o de un modo más redondeado y abstracto, como sucede con el *Trisquel* de origen celta, muy popular hoy en día en regiones como la Bretaña francesa. El *Gorgoneion* sobre el *Trisquel* se convirtió en símbolo de identidad siciliana a finales del siglo XIII, cuando por primera vez se hizo uso de esa bandera en la guerra contra el dominio francés de la isla, que propiciaría al final la anexión a la Corona de Aragón. No se sabe exactamente el motivo por el que se incluyó la cabeza de Medusa, más allá del carácter apotropaico. En cualquier caso, decía el mito que su morada se situaba al occidente de Grecia, cerca del jardín de las Hespérides, en esta parte del *mare nostrum*, ese vasto mar, inhóspito y monstruoso como lo imaginaron los griegos.

Si buscas un nombre original y enigmático, este es un buen candidato. Más allá del mito, Medusa es un símbolo de fortaleza y de atracción, que, además, sirve de protección y guía. Por si fuera poco, el lenguaje ya se ha encargado de domesticar a Medusa y de transformarla, si se quiere, en una sensación positiva, al menos en francés, lengua en la que el verbo *méduser* derivado del nombre francés de la tercera gorgona (*Méduse*), significa «quedar petrificado» o «estupefacto», sin poseer necesariamente una connotación negativa. Al fin y al cabo, dejarlos a todos de piedra no tiene por qué ser tan malo.

Número de personas así llamadas según el INE: 0 (o menos de 20).